

DE LAS PIERNAS A LAS REDES

«San Francisco, 1.—En los Estados Unidos los pescadores están empezando a pescar con redes de nylon, las cuales son lo bastante fuertes para sostener un tiburón y pesan una tercera parte menos que las redes de más fino tejido. Los pescadores que han empleado estas redes aseguran que han pescado con ellas doce veces más que con cualquier otra y que sus gastos de reposición de redes han quedado prácticamente reducidos a cero.

Según los pescadores, estas redes atrapan más peces debido a su finísimo tejido y a la gran fuerza de tensión de sus nudos. Se dice que las redes nylon están especialmente adaptadas para pescar verticalmente; es decir, dejando que la red cuelgue en el agua, con unos pesos atados en el extremo de la parte sumergida de la misma.»

Desde que, hace ya unos años, la famosa fibra sintética comenzó a apoderarse de esa codiciada presa, no siempre fácil para el hombre, que son las piernas de las mujeres, había derecho a pensar que depararía al mundo muchas horas felices. La esperanza, ampliamente cumplida ya en el mundo femenino, comienza ahora a tomar realidad en el mundo submarino. Así se desprende de la noticia que transcribimos, tocada con el prestigio de lo soñado más que de lo vivido.

No nos extraña que los peces californianos acudan con mayor profusión a las mallas de «cristal» que a las del basto y encascado cañamo. Eso demuestra que prefieren morir elegantemente, encerrados en la total transparencia del agua y de la fibra, sin soportar la excesiva reciedumbre de copos de origen vegetal, tejidos con romanos espesores y por sistemas más propios de los tiempos bíblicos que de la época atómica.

Esa fantástica acogida que las redes de nylon han merecido de los seres marinos comestibles, demuestra que esta fauna no es tan indiferente a los progresos técnicos de su mortal enemigo, como nosotros suponíamos. Hay que pensar en algo más que en un movimiento de mera curiosidad, en un acto de elocuente adhesión a los métodos nuevos, a los avances de la ciencia aplicada a las capturas industriales. Al ya viejo principio d' «anunciano, «rinovarse o morire», los peces contestan con otro: «renovarse o no morimos».

Pues ya lo saben ustedes, señores teorizantes de la crisis pesquera y sus causas. Por lo visto lo que ha fallado no es la fecundidad de las especies, sino la idoneidad de los aparejos. De los cañameros, de los algodones, de los anticuados fabricantes de redes... no están hartos solamente los armadores. También lo están, por lo que se ve, los mismísimos peces. ¡Y eso que no pagan los estraperlos, ni el impuesto de Usos y Consumos!

A pescar con nylon, en el Grande Sole o en Terranova, en cabo Blanco o en cabo Finisterre, y todo volverá a ser prodigalidad y optimismo. Hasta volverá la sardina, tan veleidosa ella, cuyo notorio y persistente enfado con nuestros pescadores, acaso obedezca a que se haya cansado también de sus pocos delicados modos y de la pesadez de sus artes.

Con esta boga del nylon que va iniciarse en el mundo pesquero, será preciso agotar la producción mundial de la salvadora fibra, hasta transformar en dispositivos, sutiles, cristalinos y verticalistas, los aparejos de los arrastreros y de las tarrafas, el «jeito» y el «chinchorro», los «paños» de los sardinales y el «copo de los de «bou». Imaginense lo que esto supondrá y el peligro que corren, de volver a su antigua envoltura de frágil seda artificial, las torneadas bases de nuestras damas.